

Bosques y patrimonio forestal en la cultura monástica entre la Edad Media y la Edad Moderna: el caso de la congregación camaldulense

Paolo Cozzo

Università degli Studi di Torino

paolo.cozzo@unito.it

<http://orcid.org/0000-0003-3100-0065>



Recibido: junio de 2021.
Aceptado: septiembre de 2021.

Resumen

El artículo, tras haber presentado sintéticamente los orígenes medievales y las fases de desarrollo en la Edad Moderna de la congregación camaldulense, se centra en el análisis de la importancia que la dimensión forestal asumió en esta experiencia monástica y eremítica. Desde su fundación (siglo XI), los bosques, en los que se realizaban las ermitas (a partir de la de Camaldoli, en Toscana), han representado un elemento esencial para la dimensión espiritual, pero también económica, del monaquismo camaldulense. Esto puede comprobarse, entre otras cosas, en la notable atención que las constituciones y reglamentos de la Orden, así como las diversas experiencias eremíticas surgidas en Italia y en Europa, prestaron al correcto empleo de los recursos naturales, hasta el punto de que los estudiosos han podido identificar un «Código forestal camaldulense», modelo precoz de respeto al medio ambiente y de relación equilibrada entre el hombre y la naturaleza.

Palabras clave: Camaldoli; congregación camaldulense; ermitas; monasterios; bosques; madera; Código forestal camaldulense; medio ambiente

Resum. *Boscos i patrimoni forestal en la cultura monàstica entre l'Edat Mitjana i l'Edat Moderna: el cas de la congregació camaldulensa*

L'article, després d'haver presentat sintèticament els orígens medievals i les fases de desenvolupament en l'Edat Moderna de la congregació camaldulensa, es centra en l'anàlisi de la importància que la dimensió forestal va assumir en aquesta experiència monàstica i eremítica. Des de la seva fundació (segle XI), els boscos, en els quals es realitzaven les ermites (a partir de la de Camaldoli, a la Toscana), han representat un element essencial per a la dimensió espiritual, però també econòmica, del monaquisme camaldulenc. Això pot comprovar-se, entre altres coses, en la notable atenció que les constitucions i els reglaments de l'orde, així com les diverses experiències eremítiques sorgides a Itàlia i a Europa, van parar a la correcta ocupació dels recursos naturals, fins al punt que els estudiosos han pogut identificar un «Codi forestal camaldulenc», model precoç de respecte a l'entorn i de relació equilibrada entre l'home i la natura.

Paraules clau: Camaldoli; congregació camaldulensa; ermites; monestirs; boscos; fusta; Codi forestal camaldulenc; medi ambient

Abstract. *Forests and forest heritage in monastic culture between the Middle Age and the Early Modern Age: the case of the Camaldolese Congregation*

The article briefly presents the medieval origins of the Camaldolese congregation and traces its stages of development in the modern age. It then moves on to analyzing the importance that the forestry dimension assumed in this monastic and eremitic case. Since its foundation (11th century), the woods and forests where Camaldolese hermitages were built (beginning with the Camaldoli hermitage in Tuscany) represented an essential element for the spiritual but also economic dimension of this form of monasticism by virtue of the privacy and solitude they were able to guarantee. This is evidenced by, among other things, the considerable attention paid to the correct use of woodland resources in the Order's constitutions and regulations of (as well as in the various foundations in Italy and in Europe), attention so marked that the scholars have argued these writings establish a «Camaldole Forest Code», a model of environmental respect and balance between man and nature that was ahead of its time.

Keywords: Camaldoli; Camaldolese congregation; hermits; monasteries; forest; wood; «Camaldolese Forestal Code»; environment

Sumario

Introducción	Bibliografía
Los camaldulenses y los bosques	Anexos
Conclusiones	

Introducción

Como ejemplo de lectura de la relación entre una orden religiosa regular y el patrimonio (ecológico, económico, cultural y simbólico) constituido por los bosques, se considera útil proponer el caso de los Camaldulenses, es decir, la congregación monástica benedictina surgida a principios del siglo XI en el centro-norte de Italia (más precisamente, en los Apeninos toscano-romañolos) por iniciativa de San Romualdo (Caby, Licciardello, 2014).

La historia hagiográfica de Romualdo, transmitida por Pier Damiani (Longo, 2012; 2020) sitúa el bosque como la base de su experiencia religiosa. Se cuenta que el noble Romualdo, decidido a abandonar el mundo a pesar de tener ante sí un futuro de comodidades y poder, había encontrado a Dios en los densos bosques del Casentino (un valle en la parte septentrional de la provincia de Arezzo: imagen 1), donde había decidido apartarse. Justo allí, cerca de un árbol, Romualdo habría tenido en un sueño la visión de una escalera recorrida por algunos monjes, como premonición del nacimiento de la Orden. De esa experiencia onírica, Romualdo habría comprendido que, en aquel lugar, llamado *Campus Malduli* (de donde procede Camaldoli), él podría concretar su objetivo de «convertir el mundo en un *yerma*» («totum mundum in heremum... *convertere*», en *Vita Romualdi*, 1957: 78).



Imagen 1. Valle del Casentino (Toscana).

La leyenda hagiográfica que narra el origen de la *ermita* de Camaldoli (imagen 2) —estamos hablando de una experiencia monástica de huella eremítica que solo más tarde conoció un desarrollo cenobítico (D’Acunto, 2014)— se inscribe en el marco de una tradición muy antigua, que tiene sus raíces en el anacoretismo de los primeros siglos del cristianismo. Si en aquel momento (pensemos en Antonio, en Pablo y en los otros padres del monaquismo egipcio: Filoramo, 2010), el lugar del encuentro con Dios y de su experiencia vivificadora por medio de la abnegación total de la carne y la renuncia del mundo era el desierto, en la Edad Media occidental el lugar de la separación del mundo y del contacto con Dios empezaba a ser el bosque.

El «desierto verde» era el lugar elegido como teatro de su experiencia mística no solo por Romualdo, sino también por otros fundadores de congregaciones religiosas, como Giovanni Gualberto, el padre de los Vallombrosani (Megli, Salvestrini, 2013; D’Acunto, 2020), o Guillermo de Vercelli, fundador de Montevegine (Andenna, 2004).

Camaldoli es una experiencia que, sobreviviendo al carisma de su fundador, se institucionaliza y logra consolidarse en el tiempo y en el espacio. Erigiéndose como uno de los más importantes «castillos de la oración» (Cantarella, 2020) del Occidente latino, se convirtió en centro propulsor de una irradiación monástica que, durante la Edad Media y la primera Edad Moderna, supo involucrar primero a la península italiana y luego a toda Europa.

Seguramente este no es el lugar para desarrollar exhaustivamente la historia de la difusión de la Orden camaldulense (también en el ámbito femenino) y de las reformas que marcaron su evolución, a partir de la Italia septentrional y central.

Sin embargo, podemos recordar que, en los siglos medievales, después de la Toscana (Francesconi, 2014; Ronzani, 2014; Fossa, 2020: 7-24), las áreas de mayor difusión fueron Emilia-Romagna (Cerami, 2014; Foschi, 2014), el Véneto (Vedovato, 2014), las Marcas (Baldetti, 2014), Umbría (Czortek, 2014) y Cerdeña (Sanna, 2014).

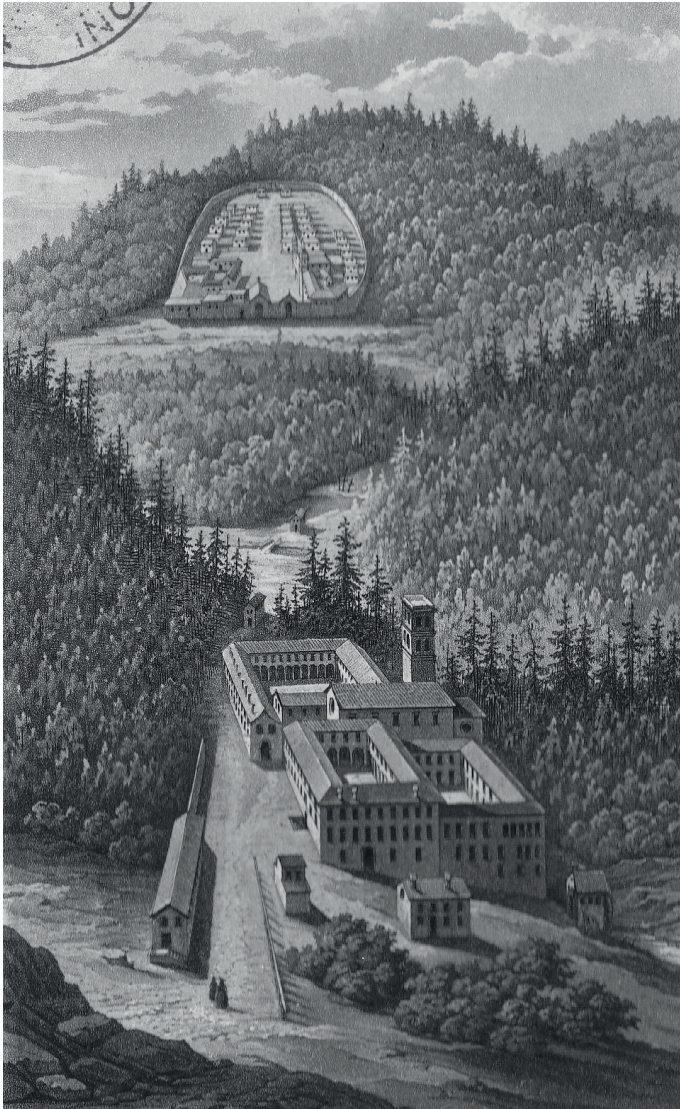


Imagen 2. *Veduta del Monastero di Camaldoli* (Francesco Fontani, *Viaggio pittorico della Toscana*), Florencia: Tofani e compagno, 1801-1803.

En la Edad Moderna se multiplicaron los intentos de reforma rigorista, que acentuaron la prevalencia del componente eremítico sobre el cenobítico. Esto implicó tensiones y fisuras dentro de la Orden, en la cual comenzaron a formarse ramas autónomas (este es el caso de la congregación de Monte Corona) cuyas relaciones con Camaldoli a menudo fueron conflictivas. Durante el siglo xvii, los repetidos intentos de recomposición tuvieron que enfrentarse al nacimiento en el ducado de Saboya y en Francia de nuevas congregaciones definidas sobre una base territorial.

Hay que comprender este proceso a la luz de la tendencia —típica de la primera Edad Moderna— a la nacionalización de las órdenes religiosas. Camaldoli, que los Medici siempre habían protegido y favorecido (Greco, 2015), de hecho, era percibida como una fundación monástica toscana, mientras que las de Piamonte (Cozzo, 2015; Armando, Facchin, Lanzardo, 2017) y de Francia (Croce, 2015) se veían afectadas por las interferencias políticas y diplomáticas impuestas por las cortes de Turín y de París. A pesar de otros intentos de expansión (también en España, donde el proyecto de implantación de los camaldulenses, ya empezado a finales del reinado de Felipe II, fracasó: Cozzo, 2021), a finales del siglo xvii la Orden camaldulense estaba dividida en cuatro congregaciones: las de Camaldoli, Monte Corona, Piamonte y Francia.

Esta organización, que le permitió afianzarse en el plano institucional (Spine-lli, 2015) y cultural (Barzazi, 2015; Mazzucotelli, 2015), duró hasta que, a finales del siglo xviii y mediados del xix, la Orden sufrió los duros golpes de los procesos de secularización y de laicización. No sorprende, por lo tanto, que después de la Restauración la presencia camaldulense haya conocido una fuerte contracción, tanto en miembros como en asentamientos: en ambos casos los números se redujeron notablemente (Fornaciari, 2015). Sin embargo, esto no impidió a la congregación tener, precisamente en el siglo xix, su primer y único papa: el monje véneto Bartolomé Alberto Cappellari, que fue elegido en 1831 y dirigió la Iglesia durante quince años bajo el nombre de Gregorio XVI (Armando, 2015). A pesar de esta prestigiosa presencia en el trono pontificio, la Orden no logró detener su decadencia, especialmente acentuada durante el siglo xx. Actualmente cuenta con un número muy reducido de miembros, concentrados sobre todo en Italia y en los Estados Unidos.

Los camaldulenses y los bosques

Camaldoli, sede de la ermita y del cenobio, así como de la biblioteca y del archivo, conserva hasta hoy —a pesar de una importante dispersión de las fuentes en los archivos públicos de la península italiana (Croce, 2016)— el papel de guardián de las memorias de la Orden (Cortoni, 2011). De este lugar, pues, hay que partir para reconstruir la importancia de la relación entre esta experiencia religiosa, desarrollada a lo largo de un milenio, y la dimensión silvestre que, como se ha mencionado, caracterizó sus orígenes.

Como parte de una economía local (la del Casentino y de su denso bosque: figura 3) de tipo agropecuario y forestal, con un fuerte componente de artesanía

de la madera, la primitiva comunidad monástica se comprometió activamente en la gestión de los recursos forestales proporcionados por generosas donaciones de patrimonios territoriales. Desde las primeras *Constitutiones* de la Orden (las de 1080, las escritas en la segunda década del siglo XII, y finalmente las de 1253), aparece la llamada, de memoria bíblica, a custodiar y cultivar la naturaleza. Además, se evocaba el valor simbólico de las plantas a partir de los siete árboles (cedro, espino, mirto, olivo, abeto, olmo, boj) enumerados en el libro de Isaías (41, 19). El abeto se convirtió en símbolo de la elección eremítica, de la meditación, de la elevación espiritual y, en general, de las virtudes monásticas:

Abies etiam esse valebis, proceritate sublimis, opacitate condensa, insignis viriditate, ut studeas meditare excelsa, contemplari celestia divinamque maiestatem summo vertice pulsare, sapiens que sursum sunt non que super terram (Liber Eremitice Regule: XLVI, 12).



Ingresso del Bosco di Camaldoli

Imagen 3. *Veduta del bosco di Camaldoli* (Francesco Fontani, *Viaggio pittorico della Toscana*, segunda edición, vol. VI, Florencia: Giovanni Merenich, 1818: 8).

En la relación con el medio ambiente no había, por lo tanto, solo una simple preocupación de carácter técnico o ecológico, sino también una instancia teológica «según una especie de identificación mística entre el ser humano —el monje— y el vegetal —el abeto—» pues «el cuidado del crecimiento espiritual del alma se correspondía con el cuidado del crecimiento del bosque» (Milana, 2013: 88).

Las dimensiones inmanente y trascendente nunca fueron separadas, hasta el punto de que no es posible considerar el valor simbólico del bosque de Camaldoli

sin evaluar también su peso económico. De hecho, tanto las obras caritativas y asistenciales promovidas por la Orden como la misma dirección del monasterio y de la ermita encontraban su principal apoyo financiero en el uso del bosque. No sorprende, entonces, la atención hacia las actividades conectadas con ese uso en las primeras reglas medievales de la Congregación, que contenían precisas instrucciones sobre cómo los monjes debían ir al huerto, hacer heno y, sobre todo, recoger la leña.

Si el bosque era el eje principal del sistema económico camaldulense, su centro estaba representado por el abeto. Sus características orgánicas y su rendimiento productivo, junto con el ya mencionado valor simbólico de este árbol, favorecieron su preferencia frente a otras plantas típicas del territorio casentino (como hayas y arces), convirtiéndolo en el indiscutible protagonista de la actividad laboral de los monjes.

La centralidad del abeto destaca en las *Constituciones* de 1278-79, en las que se establecían específicas tareas y roles de los monjes en la gestión de los bosques. Sabemos, por ejemplo, que un monje debía dedicarse expresamente «al cuidado y a la conservación de los abetos, para custodiarlos y evitar que las plantas jóvenes fueran dañadas por las bestias»; además, se precisaba que nadie tenía la facultad de cortar abetos, con la única excepción del monje que había recibido este «encargo especial» por parte del Capítulo (cit. en Urbinati, Romano, 2012: 43). El monje encargado debía también realizar eventuales órdenes de talar abetos por las necesidades del eremitorio y del monasterio, excluyendo «toda libertad de hacer donaciones o cortes arbitrarios», bajo pena de excomunión, a no ser que se estableciera previamente una aprobación por el Capítulo conventual.

La industria camaldulense del bosque empieza a aparecer masivamente en las actas de la Congregación a partir de los primeros decenios del siglo XIV, cuando en el Casentino nace una organización comercial más articulada para la venta y la elaboración de madera. Una prueba de ello, en 1458, es la construcción del primer aserradero hidráulico, situado al lado del monasterio de Fontebuono que, renovado y potenciado durante el siglo XIX, permaneció activo hasta 1943. Unos animales de tiro arrastraban los troncos de abeto trabajados hasta Poppi (el principal centro habitado del Alto Casentino) donde los monjes, en la confluencia de los ríos Sova y Arno, habían construido un puerto fluvial. Desde aquí, los troncos, flotando sobre el agua, llegaban a Arezzo, Florencia y Livorno (Milana, 2013: 89).

Sin embargo, fue con la regla eremítica del 1520 —redactada por Paolo Giustiniani (el autor del célebre *Libellus ad Leonem X*), en el marco de una profunda reconfiguración rigorista de la Orden (Prosperi, 2015)— cuando la relación entre Camaldoli y el bosque se estructuró de forma más orgánica. Basta con leer el pasaje donde se afirma:

siendo los eremitas verdaderos estudiosos de la soledad, es necesario que tengan mucho cuidado y diligencia de que los bosques que están alrededor del eremitorio no se empobrezcan ni disminuyan de ninguna forma, sino más bien que se amplíen y crezcan (traducido del italiano desde Razzi, 1575: 22; Anexo 1).

Para comprender que la relación con el bosque se convirtió en fundamento integrante de la Regla, es oportuno recordar que esta parte del documento logró adquirir una autonomía completa, garantizada también por la denominación (impropia, pero muy afortunada) de *Código Forestal Camaldulense* que comenzó a indicar este corpus de normas y disposiciones, consideradas particularmente importantes para las estructuras de la Orden. El bosque se convirtió en el componente esencial de la vida de monjes y ermitaños, comprometidos en custodiarlo tanto para asegurar el silencio y el aislamiento indispensables para la vida ascética como para garantizar a la Congregación los recursos económicos necesarios. Con respecto a estos últimos, la madera tuvo una importancia creciente desde finales del siglo xv, en relación con el aumento de la demanda vinculada con la construcción naval, acentuada por los descubrimientos geográficos.

La gestión de los bosques que se delineaba en el *Código Forestal* ya no estaba destinada a la mera conservación —es decir, a las exigencias únicamente espirituales y a la subsistencia del asentamiento en Camaldoli—, sino a un uso también comercial de sus recursos (la venta de madera), garantizando no solamente el apoyo financiero necesario a la ermita y al monasterio camaldulense, sino también en beneficio, a un nivel más amplio, de toda la Congregación. De ahí la necesidad de una organización forestal compleja, con una distribución precisa de los poderes de decisión y de las competencias administrativas, logísticas y de construcción naval.

El Capítulo tenía que deliberar sobre las propuestas y decisiones relativas al bosque, así como nombrar al monje cenobita a quien se encargaba su custodia (como ya estaba previsto en las *Constituciones* de 1278). En 1520, Giustiniani había especificado que el papel de custodio (cuyas tareas le garantizaban importantes excepciones al rigor de la regla, comenzando por el régimen alimentario) consistía en ser también un verdadero «guardián de los abetos»:

Y el que tenga este encargo, que lo guarde fielmente, y tenga cuidado de que los abetos pequeños no sean ofendidos ni por los hombres ni por las bestias. Y cuando hay que cortar algunos, que [él] esté presente, para que se corte en aquellos lugares y aquellos abetos que menos disminuyan la selva y menos le quiten su belleza y su vaguedad; ... que, como se ha dicho arriba, en su lugar se vuelvan a plantar de nuevo; y que usen toda la diligencia en los [nuevos abetos] que plantan, para que puedan crecer (trad. desde Razzi, 1575: 22, 198; Anexo 1).

El trabajo del custodio, aunque lo hiciera un monje, no era solitario. Podía estar acompañado de un grupo de *conversi* que dependían de él: se trataba de laicos ayudantes que, dentro de la comunidad monástica, se encargaban regularmente de los trabajos manuales. La vigilancia del bosque, además, era ejercida por obreros, es decir, ayudantes externos, cuyo número variaba de una cuarentena a un centenar, quienes, desde la primavera hasta el otoño y especialmente en los meses de mayo y junio, poblaban el bosque de Camaldoli (Urbinati, Romano, 2012a: 125). El custodio controlaba la observancia por estos obreros de las festividades durante las cuales no era lícito trabajar y, más generalmente, su conducta

moral, ya que la presencia de estos laicos en el bosque podía, en efecto, generar problemas de interferencia con quienes (los cenobitas y aún más los eremitas) habían hecho una opción de vida religiosa radicalmente solitaria.

Para defender la intimidad de la ermita se usaban precisamente los abetos que constituían la «corona»: se trataba de un área vasta (aproximadamente 1.200 hectáreas) de densa mancha arbórea que rodeaba el asentamiento camaldulense haciéndolo inaccesible, preservando el silencio y la soledad, y protegiéndolo del viento y de las precipitaciones atmosféricas (Urbinati, Romano, 2012a: 126). La «corona», cuyos límites estaban marcados por cruces más allá de las cuales estaba prohibido a los ermitaños salir y a los laicos entrar, era el punto más recóndito y sagrado del bosque de Camaldoli y, por lo tanto, había atraído una especial atención de los autores de las reglas de la Orden. Estos habían prohibido cortar los árboles de la corona, con la única excepción de los árboles secos e inseguros, que debían ser reemplazados inmediatamente (Urbinati, Romano, 2012: 126-127).

En cambio, se trataba con mayor flexibilidad la tala de los árboles exteriores a la corona, que en cualquier caso debían ser utilizados «para hacer fuego y para otros usos del eremitorio y de lugares pertinentes», pero siempre «por necesidad, con encargo y orden del Mayor». La Regla de 1520 precisaba, sin embargo, que «en aquel lugar, donde [durante] un año se cortaran muchos [árboles]», no se podría «cortar más en el mismo lugar hasta el cuarto año». Además, se establecía que una parte de las ganancias de la venta de madera debía utilizarse cada año para «cuidar, custodiar e incrementar con observancia inviolable la selva de abetos [...] ni se pueden cortar abetos de no haberse cumplido antes [esta observancia]» (trad. desde Razzi, 1575: 23; Anexo 1).

También en la Regla de Giustiniani, las férreas disposiciones de protección del patrimonio forestal se consideraban tan importantes que debía imponerse, en caso de infracción de las mismas, la excomunión:

Se advierte una vez más que la excomunión contra los cortadores de abetos, que en lengua vulgar suele estar pegada en el Oratorio de San Romualdo y en la puerta de la ermita, se quede siempre allí, para que los viandantes y los huéspedes, al tener esta noticia, eviten cortarlos y estropearlos (trad. desde Razzi, 1575: 23; véase anexo 1).

Además de establecer prohibiciones y límites, la Regla también proporcionó indicaciones para el refuerzo del patrimonio forestal de Camaldoli. Cada año estaba prevista la plantación de unos 5.000 árboles nuevos que debían permitir una adecuada sustitución de las plantas cortadas (Urbinati, Romano, 2012a: 160). La elección de los lugares que más necesitaban la reforestación nunca se hacía al azar, sino que procedía de un atento análisis de las condiciones del bosque, dirigido por el custodio y por los vértices del eremitorio.

A pesar de nuestra insistencia sobre una gestión jerárquica del bosque, no debemos eclipsar la relación diaria que todos los monjes tenían con la madera. La recogida de la leña era, en efecto, una actividad indispensable para garantizar la

calefacción en las celdas y por eso la practicaban cenobitas y eremitas, de tal manera que «antes de la fiesta de San Romualdo todas las celdas tuvieran las maderas necesarias» (trad. desde Razzi, 1575: 225). En esas mismas celdas había que conservar las herramientas útiles tanto para cortar leña como para cultivar el huerto.

Esta norma se aplicaba también a los ermitaños «encerrados», es decir, a los que habían elegido la soledad más radical. Con respecto a estos últimos, se indicaba que: «sus huertos, al no poder, no saber, o no querer [los ermitaños] trabajarlos, en el momento [oportuno, necesario] sean trabajados por alguien más (o monje, o *converso*, o cometido, o incluso un secular designado por orden del Mayor), para que puedan obtener consolación por las hierbas. En otro momento, que nadie excepto el cocinero entre en sus huertos, sin licencia del Mayor; para que más libremente puedan quedarse por el huerto paseando, ni por eso sean vistos por nadie» (trad. desde Razzi, 1575: 245). En definitiva, la Regla intentaba mantener un equilibrio entre la exigencia de soledad propia de quien había elegido «ocuparse sólo de Dios» (Dovere, 2015) y la de la relación activa con la naturaleza, que se podía vivir diariamente en el bosque y en el huerto. A la luz del éxito que la Regla conoció, podemos afirmar que en Camaldoli encontraron ese equilibrio.

El mismo éxito obtuvo la Regla de 1520, al definir una legislación camaldulense para tutelar el ingente patrimonio forestal de que disponía la Congregación, como lo confirma el hecho de que todas las medidas adoptadas en las Edades Moderna y Contemporánea se refirieran explícitamente a esa regla. El bosque de Camaldoli siguió viviendo y prosperando bajo la dirección de los monjes, aunque no sin «ligeras alteraciones» en época napoleónica (trad. Fontani, 1818: 16; véase anexo 2), hasta la supresión de las corporaciones religiosas ocurrida después de la Unidad de Italia, tras la política de secularización realizada por los gobiernos liberales.

Con el Real Decreto n° 3036 del 7 de julio de 1866, las propiedades de la Congregación camaldulense, incluido también su bosque (más de 1.400 hectáreas de exuberante y floreciente tierra forestal), fueron incautadas por el Reino de Italia, que encargó su gestión al Ministerio de Hacienda. En 1871 el bosque de Camaldoli fue incluido entre los bosques inalienables del Estado y encomendado al Ministerio de Agricultura (Milana, 2013: 90). Durante la Primera y, sobre todo, la Segunda Guerra Mundial, el bosque de Camaldoli (que llegó a coincidir con la Línea Gótica) sufrió considerables devastaciones, provocadas principalmente por los aliados (Fossa, 2020: 380). Se intentó remediar estos daños durante la posguerra, cuando también cambiaron las estructuras institucionales de tutela y gestión. En 1993 se creó el Parque Nacional de los Bosques Casentineses, una zona de 36.000 hectáreas, en las cuales destaca la presencia del bosque camaldulense, cuya candidatura a sitio UNESCO ha sido presentada recientemente por el Ministerio de Medio Ambiente.

Conclusiones

Si bien el bosque de Camaldoli constituye un *unicum*, hay que decir que la marcada atención a la dimensión forestal se encuentra en todos los asentamientos camaldulenses, los cuales manifestaron la misma inclinación a la relación privilegiada con la naturaleza en los diversos contextos en que se difundió la orden de San Romualdo. Encontramos un ejemplo significativo en Piamonte, donde los Camaldulenses llegaron a principios del siglo XVII, gracias al decidido apoyo de la corte saboyana. Nació una congregación eremítica autónoma, compuesta por cuatro asentamientos (imágenes 4 y 5), el más importante de los cuales fue el de Pecetto, en la colina de Turín, elevado por Carlos Manuel I como sede de la Orden de la Santísima Anunciación.



*Sacra Camaldulensis Eremus a Carolo Emmanuele I Duce Sabaudiae
in Montibus Taurinensibus erecta ex voto anno 1602.*

Imagen 4. Ermita de Pecetto, Turín (Sacra Camaldulensis Eremus a Carolo Emmanuele I duce Sabaudiae in Montibus Taurinensibus erecta ex voto anno 1602: *Annales Camaldulenses*, VIII, Venetiis 1764 (tav. entre pp. 196-197).



Imagen 5. Ermita de Lanzo (Turín). *Theatrum Statuum Regiae Celsitudini Sabaudiae Ducis, Pedemontii Principis*, Amsterdam, 1682.

En el origen de este lugar, como también en Camaldoli, se nota la marcada atención hacia las condiciones ecológicas y ambientales como factores determinantes en la localización del sitio, que se quería bien aislado, dotado de agua y de árboles. Si al principio se pensó en la colina de Superga (donde en el siglo XVIII fue construida por Filippo Juvarra la magnífica basílica destinada a acoger los sepulcros de la dinastía reinante), la elección final recayó luego sobre este otro lugar montañoso, lleno de «selvas y bosques» y al que se llegaba después de una «difícilísima subida» (Cozzo, 2018: 198).

Al igual que en el modelo de Camaldoli, las celdas de los eremitas fueron realizadas en un espacio protegido por una densa corona de plantas (robles, en vez de abetos), que a mediados del siglo XVII no dejó de suscitar la admiración de Valeriano Castiglione. Al describir el asentamiento en la colina de Turín, el escritor milanés evocó una imagen militar, apta para ilustrar la lucha de los eremitas contra las tentaciones de un mundo corrompido por el Maligno. Los robles que

protegían las celdas de los monjes eran comparados con los centinelas que vigilaban las tiendas de un campamento de soldados:

[Una] selva voluptuosa de robles crea el vestíbulo del venerable [centro] habitado y parece aquel ejército de plantas casi la vanguardia de un campo que, dividido en muchas celdas que tienen la forma de tiendas y de pabellones, acoge a otros tantos guerreros de Cristo, armados de armas espirituales para hacer la guerra al demonio y darle batalla con el sonido de campanas, en lugar de tambores y de trompetas (trad. desde Cozzo, 2018: 189; véase anexo 3).

La metáfora citada aquí arriba contribuía a exaltar la importancia atribuida a la dimensión silvestre también por los camaldulenses de Piamonte. Estos, de manera parecida a lo que ocurría en Toscana y en las otras tierras donde la Orden se había extendido, empleaban la leña no solo para muchos usos prácticos (ante todo, construcción y calefacción) sino también para producir objetos intrínsecamente conectados con su espiritualidad. Este es el caso, por ejemplo, de los crucifijos y de la «corona del Señor», una tipología de rosario dedicado a los misterios de la Pasión (introducida por el beato Michele Pini a principios del siglo xvi) compuesto por treinta y tres nudos, como los años de Cristo, intercalados por otros cinco, como las plagas. Crucifijos y coronas, realizados por los camaldulenses con madera obtenida de los árboles que rodeaban sus monasterios, estaban bendecidos por el prior de la ermita o, en Camaldoli, por el general de la Congregación (Cozzo, 2018: 98).

Estos objetos, a través de los cuales se manifestaba la religiosidad «sensible» típica de la piedad católica de la Edad Moderna, son una expresión relevante de esa relación especial entre monaquismo, naturaleza y medio ambiente que caracterizó especialmente el caso camaldulense. No fue por mera casualidad si, a principios del siglo xvii, al tomar forma el proyecto (luego fracasado) de expandir la Orden en España fundando una ermita en Sevilla, se evidenció el lugar elegido para ello como el más apto porque contaba «con muchos árboles de olivas, naranjos, cedros, limoneros y otros frutales, y con cipreses, pino[s], palmeras y viñas» (Cozzo, 2021).

En este último detalle también encontramos una confirmación de la notable importancia que los bosques y las plantas tuvieron, tanto en su dimensión material como en la simbólica, siendo uno de los rasgos más elocuentes de la identidad espiritual, cultural y económica de la experiencia monástica camaldulense.

Bibliografía

- ANDENNA, G. (2004). «Guglielmo da Vercelli, santo». En: *Dizionario biografico degli Italiani*, vol. 61. Disponible en: <https://www.treccani.it/enciclopedia/guglielmo-da-vercelli-santo_%28Dizionario-Biografico%29/>.
- ARMANDO, D. (2015). «La costituzione di una profezia. Stratificazioni testuali e vicende editoriali del *Trionfo della Santa Sede* di Mauro Cappellari». En: CROCE, G. M., FOSSA,

- U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea*. Cesena: Badia di Santa Maria del Monte, 765-790.
- ARMANDO, G., FACCHIN, L., LANZARDO, D. (eds.) (2017). *Gli eremiti camaldolesi di Piemonte: 1601-1801, volume di studi derivato dal convegno svoltosi nel Palazzo comunale di Cherasco il 14 novembre 2015*. Cherasco: Cherasco Cultura.
- BALDETTI, E. (2014). «L'avvento dei camaldolesi in area marchigiana». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del xv secolo*. Cesena: Centro storico benedettino, 199-237.
- BARZAZI, A. (2015). «Centri culturali camaldolesi e formazione dei monaci in età moderna». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea*. Cesena: Badia di Santa Maria del Monte, 457-482.
- CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.) (2014). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del xv secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano.
- CANTARELLA, G. M. (ed.) (2020). *I castelli della preghiera. Il monachesimo nel pieno medioevo (secoli x-xii)*. Roma: Carocci.
- CERAMI, D. (2014). «Gli insediamenti camaldolesi in Emilia-Romagna (1080-1250)». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del xv secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 239-273.
- CORTONI, U. (2011). «Tesori per l'anima». En: CERAVOLO, T. (ed.). *Mille anni a Camaldoli*. Soveria Mannelli: Rubbettino, 69-87.
- COZZO, P. (2015). «La presenza camaldolese in Piemonte». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea*. Cesena: Badia di Santa Maria del Monte, 207-231.
- (2018). *Un eremita alla corte dei Savoia: Alessandro Ceva e le origini della Congregazione camaldolese di Piemonte*. Milán: Franco Angeli.
- (2021). «Experiencias monásticas entre las cortes de España y Saboya (siglos xvi y xvii). El caso de los eremitas camaldulenses en torno a 1600». *Libros de la Corte*, n° 23, año 13, 235-250. <<https://doi.org/10.15366/lde2021.13.23.009>>.
- CROCE, G. M. (2015). «Mystique et rebellion: la Congregazione francese degli eremiti camaldolesi». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli xvi-xx)*, Cesena: Centro storico benedettino italiano, 233-346.
- (ed.) (2016). *L'Ordine camaldolese dal Medioevo all'Età contemporanea nelle fonti degli Archivi di Stato italiani*, Roma: Ministero dei Beni e delle Attività Culturali e del Turismo, Direzione Generale Archivi.
- CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.) (2015). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli xvi-xx)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano.
- CZORTEK A. (2014). «La presenza camaldolese in Umbria nei secoli XII-XIII». En CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del xv secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 313-350.
- D'ACUNTO, N. (2014). «Monachesimo camaldolese e monachesimo riformatore nel secolo XI». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del xv secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 21-38.
- D'ACUNTO, N. (2020). «Camaldoli e Vallombrosa». En: CANTARELLA, G. M. (ed.). *I castelli della preghiera. Il monachesimo nel pieno medioevo (secoli x-xii)*. Roma: Carocci Editore, 123-144.
- DOVERE, U. (2015). «Occuparsi di Dio solo. Temi e figure di spiritualità camaldolese tra Cinquecento e Settecento». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli xvi-xx)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 233-346.

- FILORAMO, G. (ed.) (2010). *Monachesimo orientale: un'introduzione*. Brescia: Morcelliana.
- FONTANI, F. (1818). *Viaggio pittorico della Toscana, edizione seconda, rivista ed accresciuta dall'Autore*. Vol. 6. Florencia: Giovanni Marenigh.
- FORNACIARI, R. (2015). «I monaci cenobiti camaldolesi dall'Ottocento al Novecento». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli XVI-XX)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 347-397.
- FOSCHI, P. (2014). «Monasteri camaldolesi femminili in Emilia-Romagna nel Medioevo». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del XV secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 275-311.
- FOSSA, A. U. (2020). *Monaci a Camaldoli. Memorie, percorsi, interpretazioni*. Camaldoli: Edizioni Camaldoli.
- FRANCESCONI, G. (2014). «La costruzione di uno spazio monastico eccentrico: Camaldoli fra pratiche sociali conservative e poteri signorili (secoli XI-XIII)». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del XV secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 101-116.
- GRECO, G. (2015). «Firenze e i camaldolesi dai Medici ai Lorena». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli XVI-XX)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 17-70.
- LONGO, U. (2012). *Come angeli in terra. Pier Damiani, la santità e la riforma del secolo XI*. Roma: Viella.
- (2020). «Romualdo, Pier Damiani, Fonte Avellana». En: CANTARELLA, G. M. (ed.). *I castelli della preghiera. Il monachesimo nel pieno medioevo (secoli X-XII)*. Roma: Carocci Editore, 97-121.
- MAZZUCCOTELLI, M. (2015). «La consuetudine allo studio delle scienze tra i camaldolesi in età moderna». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli XVI-XX)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 565-676.
- MEGLI, S., SALVESTRINI, F. (eds.) (2013). *Congregazione di Santa Maria di Vallombrosa dell'ordine di San Benedetto*. Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana.
- MILANA, L. (2013). «La foresta». En: *Dall'eremo all'Europa. Camaldoli a colloquio con la storia*. Florencia: Polistampa, 87-91.
- PROSPERI, A. (2015). «Il Beato Paulo Giustiniani e Camaldoli tra Savonarola e Lutero». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli XVI-XX)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 1-16.
- RAZZI, S. (1575). *Regola della vita eremitica stata data dal beato Romualdo à i suoi Camaldolensi eremiti. Overo le Constituzioni Camaldolensi tradotte nuovamente dalla lingua latina nella toscana dal padre don Silvano Razzi*. Florencia: Bartolomeo Separ-
telli.
- RONZANI, M. (2014). «Una presenza in città precoce e diffusa: i monasteri camaldolesi pisani dalle origini all'inizio del secolo XIV». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del XV secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 153-179.
- SANNA, M. G. (2014). «La presenza camaldolese in Sardegna». En: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del XV secolo*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 183-198.
- SPINELLI, G. (2015). «Camaldolesi italiani nella gerarchia ecclesiastica durante l'età moderna. Sguardo cronologico». En: CROCE, G. M., FOSSA, U. A. (eds.). *L'Ordine camaldolese in età moderna e contemporanea (secoli XVI-XX)*. Cesena: Centro storico benedettino italiano, 83-96.

- URBINATI, C., ROMANO, R. (eds.) (2012a). *Foresta e monaci di Camaldoli: un rapporto millenario tra gestione e conservazione: Codice forestale camaldolese*. Vol. 1. Roma: INEA.
- (2012b). *Foresta e monaci di Camaldoli: un rapporto millenario tra gestione e conservazione: Codice forestale camaldolese*. Vol. 2. Roma: INEA.
- VEDOVATO, G. (2014). «L'espansione camaldolese nel Veneto tra la fine del XII secolo e l'inizio del XVI». In: CABY, C., LICCIARDELLO, P. (eds.). *Camaldoli e l'ordine camaldolese dalle origini alla fine del XV secolo*. Cesena: Centro storico benedettino, 351-363.
- Vita Romualdi* (1957): TABACCO, G. (ed.). *Petri Damiani Vita beati Romualdi*. Roma: Istituto Storico Italiano.

Anexos

Anexo I

RAZZI, S. (1575). *Regola della vita eremitica stata data dal beato Romualdo à i suoi Camaldolensi eremiti. Overo le Constituzioni Camaldolensi tradotte nuovamente dalla lingua latina nella toscana*. Florencia: Bartolomeo Sermartelli.

Capítulo 4: *Della solitudine dell'Eremo e frequentazione delle celle.*

Con ciò sia cosa che la solitudine del luogo sia stata sempre di grande aiuto e giovamento ad acquistare la vera solitudine /22/ dell'animo e quiete, però il beato Romualdo, pervenuto già all'età di più di cento anni, desiderando lasciare a' posteri e mostrare al secolo la perfetta istituzione della vita solitaria, per instruire cotal vita più perfettamente si elesse nei confini di Toscana e in sulla quasi più alta cima dell'Appennino, donde si può facilmente vedere l'un mare e l'altro, un luogo tutto cinto e circondato intorno da grandi e folte selve d'altissimi abeti e irrigato continuamente da sette lucidissimi e chiarissimi fonti. Il quale luogo, come ne fanno fede molte antiche scritture, era chiamato «Campo amabile», dal nome, corrotto poi il vocabolo, come nel più delle cose suole avvenire, overo dal nome di colui di cui si dice che era prima il campo (che Maldolo dicono si chiamava) prese il suo nome l'eremo camaldolese. Nel quale luogo, per essere all'hora lontano dalle città, discosto da ogni habitazione d'huomini e per la moltitudine de' boschi, era in que' tempi una secretissima e quasi inaccessibile solitudine. Ma hora, perciò che rispetto alla cultura de' convicini luoghi e alla edificazione di diverse castella e ville, sono i vicini boschi dell'eremo ridotti a non molto largo spazio, se saranno l'eremiti studiosi veramente della solitudine, bisognerà che habbiano grandissima cura e diligenza che i boschi, i quali sono intorno all'eremo, non siano scemati né diminuiti in niun modo, ma piuttosto allargati e cresciuti. Si possono adunque tagliare abeti per edificazione della chiesa, delle celle e dell'altre stanze e officine dell'eremo, e similmente per riparazio-

ne e edificazione de' luoghi appartenenti al medesimo eremo, con la sola licenza e commissione del Maggiore, purché servano alle cose predette. Quando poi bisognasse tagliarne quantità maggiore, per qualche urgente necessità, ciò si faccia, ma con speciale licenza del Capitolo dell'eremo, né ad altri si conceda autorità di tagliare abeti. Sia oltre ciò deputato uno alla loro custodia, e a questo tale, quando in cotale servizio fusse molto affaticato, secondo l'antiche costituzioni dell'eremo, i giorni deputati all'astinenza sia dato del vino. E chi haverà questa cura gli custodisca fedelmente e sia intento a provvedere sollecitamente che i piccoli abeti non siano né dagli huomini né dalle bestie offesi. E quando se n'ha da tagliare, procuri d'essere presente accioché siano tagliati in que' luoghi e quegl'abeti che manco diminuiscono la selva e manco le tolgono della sua bellezza e vaghezza. E la corona che cinge l'eremo, la quale si estenda sempre cinquanta braccia almeno, sia sempre /23/ inviolabilmente conservata, di maniera che né per licenza di Capitolo né per altra se ne possa mai tagliare alcun abeto, se già non fusse in tutto seccho. Procurino, oltre di questo i padri, con diligente cura che per ogni modo si piantino ciascun anno, in luoghi oportuni e vicini all'eremo, quattro o cinque mila abeti. Il che, accioché più facilmente fare si possa, ogni volta che si taglieranno per qualunque occasione o necessità abeti, tanta parte dei tagliati si deputi a quest'opera, che quello, che hora diciamo, si possa mandare ad effetto. Et se avverrà che alcun'anno, per qualche altro uso non se ne tagli, facciasene tagliare tanti per quest'opera, che vendendogli se ne cavi la somma di dieci scudi d'oro, e tanti servano ciascun'anno a curare, custodire e accrescere con inviolabile osservazione la selva degl'abeti.

La qual cosa, se per sorte un anno (che Dio non voglia) non si facesse, l'anno seguente facciasì per l'uno e l'altro. Né altrimenti si possano tagliare abeti se ciò prima non sarà stato fatto. Avvertiscasi ancora che la scomunica contra chi taglia abeti, la quale in lingua volgare suole stare appiccata all'oratorio di san Romualdo e alla porta dell'eremo, vi stia continuamente, accioché i viandanti e hospiti, havuto di ciò notizia, si guardino da tagliarne e guastarne. Gl'altri arbori di tutte le sorti per far fuoco e per altri usi dell'eremo e luoghi a lui pertinenti, quantunque volte sarà di bisogno, di commissione e ordine del Maggiore, si possano tagliare. Con questa avvertenza, nondimeno, che in quel luogo dove ne saranno stati un anno tagliati molti non si possa nel medesimo luogo più tagliare infino al quarto anno. Ma soprattutto in alcun modo non si possano tagliare mai quegl'arbori, i quali sono o infra le croci di legno che sono intorno all'eremo o vicini alle vie e tragetti che al medesimo conducono. E in altro qualsivoglia uso overo utilità, arbori di qualsivoglia sorte non si possano tagliare, né dar licenza di tagliarne ad alcuno, se non col consenso della maggior parte de' romiti. Prevegghiano oltre ciò i padri, che appresso all'eremo un miglio né da loro stessi né da altri non siano edificate abitazioni d'huomini secolari. Imperoché per antichissimi privilegi imperiali (che incontaminati insino ad hora si sono conservati nell'eremo) è proibito che infra detta distanza d'un miglio a niuno in niun modo sia lecito edificare. Parimente, nell'edificazione delle celle si avvertisca con diligenza e osservarsi interamente, come veggiamo si è osservato insino ad hora, che nona cella mai si edificassero congiuntamente a un'altra /24/ cella ma ciascuna sia al

tutto disgiunta e separata dall'altra, almanco quanto è l'intervallo e spazio dell'orticello che ha ciascuna di loro. Et ancho non vi siano fraposti tra l'una e l'altra né portici, né altri edifici che l'una cella congiungano all'altra giamai. Acciocché, dove l'eremo è luogo d'eremitica conversazione, non venga mai a forma cenobitale, né in alcun modo simile ai monasteri. Imperoché è proibito, per antichissime costituzioni, sotto pena di scomunica e ultimamente per privilegi apostolici, che non si possa mai ridurre l'eremo, o per foggia di edifici o per più larga osservanza di vita, alla forma che hanno i monasteri. Possono bene i padri, quando paia opportuno o necessario alla maggior parte de' romiti in quella parte dell'eremo dove anco al presente sono congiunte più comuni officine insieme, far dell'altre habitazioni e officine quante vogliono similmente comuni, ma sotto un medesimo tetto, per uso degl'hospiti religiosi o di coloro che stanno ai luoghi pertinenti all'eremo. Ma in altre parte dell'eremo non si presuma di ciò fare in modo nessuno giamai. Procurino anco il padre, per conservazione della solitudine e quiete dell'eremo, che il portinaio custodisca in modo e tenga sempre chiusa la porta, che non mai, se non quanto la necessità ne sforza, sia trovata aperta. Et acciocché non paia cosa infruttuosa chiudere da una parte il luogo, mentre da tutte l'altre di può avere apertissima l'entrata, ricordinsi di mettere ogni possibile cura e diligenza e di fare ogni opera che quanto prima si potrà commodamente si racchiuda e si serri l'eremo intorno intorno e insieme la corona degl'abeti con un muro conveniente, lasciando uno o due luoghi aperti con le sue porte per l'occorrenze e servizii dell'eremo. Et in tanto sia conservata, come sta hora, con un forte e stabile chiuso overo steccata di legname. E similmente gl'orti delle celle, nelle quali stanno alcuni padri rinchiusi, ai quale è necessaria una profondissima solitudine e molto più che agl'aperti, quanto prima si può siano circondati di muro, acciò niuno, quando rinchiuso so sta alcuna volta per lo suo orticello, si possa accostare né perturbare la di lui solitudine.

Capítulo 44: *Dello eleggere i ministri e ufficiali dell'Eremo*

/197/ Alla cura símilmente degl'abeti si dee deputare uno del /198/ de' fratelli conversi, l'ufficio del quale sia attendere con diligente cura e sollecitudine che non siano né tagliati né offesi overo guasti in alcun modo, e procurare che di nuovo, come si è detto di sopra a suo luogo, se ne piantino, e usare ogni diligenza allí piantati, acciò che possano crescere e, quando se n'ha da tagliare, mostrare quali e dove si possa ciò fare con manco danno della bellezza della selva, e fare in breve con diligenza tutte le cose che appartengono alla cura e custodia degl'abeti. Il quale custode e guardia, secondo l'ordine dell'antiche costituzioni, se avverrà che nei giorni deputati all'astinenza habbia a durar gran fatica d'intorno ad essi abeti, possa per misericordia dispensando il Maggiore, havere del vino: ma non lasci già per cura di quelli di non udire messa e di non intervenire ai divini uffici, più che sia possibile, giorno e notte.

Anexo 2

FONTANI, F. (1818). *Viaggio pittorico della Toscana, edizione seconda, rivista ed accresciuta dall'Autore*. Vol. 6. Florencia: Giovanni Marenigh.

Veduta dal bosco di Camaldoli (pp. 9-16)

/p. 9/ Per un pittore non vi ha forse luogo in Toscana così acconcio ed opportuno quanto Camaldoli per ritrar la natura nel suo vero e nel suo bello, in mezzo a quell'orrore che bellamente ne riveste i contorni. Un'assai spessa e continuata abetina interstiziata talora da una selva d'altre piante congeneri, regolare ed amena, forma il bello di tutto questo estesissimo bosco, utile assai alla provincia cui appartiene e che somministra una gran parte della loro ricchezza ai monaci che ne sono i proprietari [...] /p. 13 / Essi [monaci camaldolesi] più che altri possessori hanno sempre dirette le loro mire al bene positivo dello Stato e non può, senza far loro un'ingiustizia la più manifesta, tacersi come nel quasi universale diboscamento avvenuto nei più dei monti della Toscana, eglino singolarmente si sono distinti per tagli regolari dei loro abeti, che possono dirsi come originari, spontanei e quasi direi primitivi di quelle montagne, utilissimi a qualunque specie di costruzione ed opportuni a formare alberi da bastimenti di qualsivoglia grandezza e portata. Furono già nella bella Etruria, fino da quando essa era divisa essa in repubbliche e più forse ancora sotto il governo dei principi, delle savissime leggi dirette ad impedire gli irregolari tagli degli alberi spontanei, e i debbi o abbruciamenti /14/ delle stipe, le quali vestono e difendono certe pendici dei monti. Come nel più delle cose umane però il divieto spronò l'avarizia alla contravvenzione, e non si potrà mai abbastanza esprimere il danno che ne è risultato al monte e alla pianura in vista d'un utile momentáneo e di gran lunga inferiore al permanente e reale [...] /p. 16/ Certo che molto dee la Toscana ai Camaldolesi eremiti per la diligente ed impreteribile cura con che custodivano già l'ampia loro abetina, periódicamente tagliandone un determinato numero di piante ed altrettante sostituendone delle nuove: mezzo unico, ed il solo capace a mantenere la specie in modo che il bosco giammai non tralasci di produrre il frutto proporzionato al suolo che occupa utilmente a vantaggio privato ed universale. Non lievi alterazioni soffrirono queste boscaglie e l'altre possessioni dei monaci negli ultimi nostri tempi; vi ha luogo a sperare però che ristabilito l'Ordine, il Casentino e più altre province cominceranno a risentire di nuovo gli effetti benefici che da questo istituto ritrassero già le vicine popolazioni nell'età anteriore agli avvenimenti passati.

Anexo 3

Compendioso ragguaglio della vita del ven. padre don Alessandro Ceva eremita camaldolese e fondator spirituale del Sacro Eremo di Torino scritta dal padre don Valeriano Castiglione abate Cassinese (ed. in Cozzo, P. (2018). Un eremita alla corte di Savoia, Alessandro Ceva e le origini della Congregazione camaldolese di Piemonte. Milán: 159-201).

Del Sacro Eremo di Torino

/p. 189/ Non poco lungi da Pecetto, in un sito solitario sì ma non orrido, detto li Pascoletti, ovvero Pasquetti, è fondato il Sagro Eremo di Torino in un luogo così dotato di salubrità d'aria, come temperato di cielo. Formosa selva di roveri forma il vestibolo al venerabile abitato, e par quell'esercito di piante quasi vanguardia d'un campo che diviso in tante celle che hanno forma di tende e di padiglioni, accoglie altrettanti guerrieri di Cristo armati d'armi spirituali per far guerra al demonio e dargli battaglia al suono di campane invece di tamburi e di trombe. Due torri appunto nella sommità di alcuni monticelli par che siano vigilanti freni per la difesa di quello, spargendosi indi la veduta alle campagne di Chieri ed alle colline astigiane. È l'eremo in somma fabbricato in un anfiteatro di monti per una comoda discesa di valle, per la quale non fu malagevole al generale del re di Spagna, marchese di Laganes, transitarvi dell'anno 1640 l'armata di dieci mille soldati con dieci pezzi di canone. Ha l'apertura verso Torino per un ombroso stradone d'alberi designato dal duca Vittorio Amedeo che porta alla bellissima prospettiva della città e persino a monti della Francia. Dalla parte destra altissime sono /p. 190/ le montuose cime, e le direi sacre per due croci: l'una indice d'alcune strade fra i densi boschi, l'altra termine e confine della giurisdizione eremitica, vessillo altissimo mirato perciò sin da remote distanze anche per segnale del vicino eremo. Alcuni promontori all'intorno vedonsi variamente interrotti da molti alberi di pini, ginepri, castagne e salici, e li distinguono in modo alcuni fioriti praticelli bagnati da piccioli fonti che rassembrano tante isolette di mare. Un ordine di annose quercie rende ben dilettevole uno spazioso passeggio presso la porta. Venerazione conciliano quelle ombre e quel silenzio, solo talvolta interrotto o dalle fronde sibilanti o dalle cantilene degli augelli, persuade efficacemente la vita solitaria.